

Crónicas e imaginario de la Conquista*

Johannio Marulanda Arbeláez

Ingeniero Civil. Ph. D.

jomarul@mafalda.univalle.edu.co

Grupo de investigación "Pensamiento franciscano y problemas contemporáneos"
Universidad de San Buenaventura Cali

Resumen

Se formulan los presupuestos para una lectura de las crónicas de fray Pedro Simón que permitan caracterizar el imaginario de los conquistadores y evangelizadores. Se considera que hay un imaginario operante que permite idealizar la posibilidad de una utopía en América, arraigada en los ideales franciscanos.

Palabras clave: Historia de la Iglesia, mentalidades, religión, utopías

Abstract

The presuppositions for a critical reading of Fray Pedro Simón's Chronicles are formulated here, which will allow for the characterization of the conquerors and evangelizers imagery. It is considered that there is an operative imagery that makes possible to idealize the possibility of a Utopia in America, deeply rooted in Franciscan ideals.

Key Words: History of the Church, mentalities, religion, utopias

* Este artículo es resultado del proyecto de investigación "San Francisco: utopía de Iglesia y sociedad. Mito y realidad en la modernidad", del grupo de investigación "Pensamiento Franciscano y problemas contemporáneos", registrado por Colciencias e inscrito en el Centro General de Investigaciones de la Universidad de San Buenaventura Cali.

Fecha de recepción: Agosto de 2003.

Aceptado para su publicación: Noviembre de 2003.

Introducción

En la reflexión es necesario establecer dos delimitaciones:

- Primera: en el marco de la Conquista es obvio que los frailes participaron de la política imperial de la Corona; en ese sentido fueron instrumento de dominación. Este hecho explica algunas contradicciones consigo mismos a propósito de la oposición entre la tarea conquistadora y la misión evangelizadora; sobre este asunto el análisis toma distancia crítica y se propone construir un objeto de reflexión en el que la Conquista es contexto y los imaginarios son objeto;
- Segunda: para interpretar la mentalidad de los frailes es necesario colocarse en su lugar –¿es posible?–, tomando distancia de las determinaciones del presente, aunque el examen de su mentalidad se haga desde la actualidad; esta dicotomía ineludible es necesario plantearla y abordarla metodológica y epistemológicamente reconociendo sus obstáculos, algunos de ellos insalvables.

Planteamiento de la cuestión

Pasado, futuro y utopía

Entre el conjunto de las determinaciones de todo acto, el pasado y el futuro ocupan un lugar primordial. Lo que hemos sido y la interpretación del pasado determinan la historia como modo de representarla. Del mismo modo nos determina lo que deseamos llegar a

ser, las ilusiones y motivaciones que prefiguran el porvenir y su interpretación, como modo de representar lo posible, deseable o temible. Igualmente, determina el sentido que ahora le asignamos a la existencia propia y colectiva, enraizada en lo que creemos que hemos sido y lo que soñamos que seremos. Nos determina el proceso mismo de construir, de modo permanente, un sentido a la existencia; sentido amenazado por el misterioso e incierto devenir de la vida natural y humana. Tratándose en estos casos de interpretaciones, estas se refieren a identificaciones y proyecciones de lo que consciente e inconscientemente moviliza el espíritu. Nuestras motivaciones tienen idénticas raíces en la historia y en las ilusiones, en el pasado y en el futuro, en imágenes ideales e idealizadas de lo posible y lo imposible.

Retomando el postulado kantiano sobre la incognoscibilidad de la cosa-en-sí, supongamos que la realidad (en sentido filosófico) no es idéntica al mundo (el mundo como lo real en sentido vulgar). En efecto, la realidad se entiende como constructo que no sólo retoma elementos fenoménicos interpretados del mundo sino que constituye un haz de proyecciones e identificaciones del sujeto, de su pasado y su futuro, de la realidad y del deseo, como elementos presentes, activos y eficaces. En ese sentido, lo real es una construcción cultural y por ello histórica, conjetural, provisional, una entre muchas posibles aunque el mundo sustrato o referente sea unitario.

Ante estas hipótesis y en referencia a la Conquista, cabe preguntarse si es posible conocer, explorar, conquistar un nuevo territorio, encontrar a un otro humano, con el “espíritu en blanco”, sin juicios previos. El científico y el

artista, el conquistador y el administrador imperial, también el filósofo y el artesano, con mayor razón el teólogo y el religioso, sólo pueden construir lo real y sus objetos proyectándose e identificándose, poniendo en operación un imaginario que los determina activa y eficazmente; con mayores razones el monje que conoce la "verdad", la que fue y la venidera, la eterna, más aún cuando su misión existencial es la promulgación e inculcación, a cualquier precio, de la "Verdad Eterna, Única y Divina", incluso a costa de su vida y la ajena.

¿Qué trae en el imaginario un conquistador o un fraile cuya misión es convertir el bárbaro a la Corona o a la "Verdad"? ¿qué puede esperarse de un "Iluminado", portador de una "verdad revelada"? Cualquiera que sea la representación de lo que hará el fraile por el bien del otro y de la humanidad, cualquiera que sea el modelo de mundo y de Reino, de sociedad, de Iglesia y de comunidad, del otro y de sí mismo, merece el calificativo de utopía en sentido estricto y amplio: es utopía como imagen ideal posible o como imagen ideal de perfección inalcanzable.

Por tanto, en el orden de estas ideas, la utopía siempre está presente, es constitutiva del sí mismo, pues no puede haber proyecto humano sin utopía ni humano sin proyecto, no hay acción sin representación del futuro ideal hacia donde se orientan las motivaciones y los actos más allá de su eficacia y del logro. Podría decirse que todo proyecto humano es utópico, se refiere a elementos utópicos o está determinado por una utopía. La utopía operante de modo eficaz en la construcción del presente, aquella que no requiere formulaciones sistemáticas ni profetas, que no exige tex-

tos explícitamente fundantes, la utopía que se expresa en el texto vivo de una historia ejemplar puede reconstruirse a partir de documentos y materiales indirectos, alusiones, discursos, artefactos, ritos y mitos, actos y proclamas, y también del ejemplo mismo de la vida singular de un héroe. A los fundamentos simbólicos de la utopía o utopías cuya realización anhelaron los frailes franciscanos en el Nuevo Mundo, se orienta la presente reflexión.

Desarrollo

Imago

Hoy, cuando prevalece el pensamiento crítico, inaugurado varias veces y varias veces sepultado por la intolerancia y el temor, suponemos que no es posible el pensamiento sin preconcepciones ni intereses; que es necesario reconocer esta determinación y, en lo posible, someter el juicio propio a los mismos dispositivos críticos a los que se somete el pensamiento ajeno. No es posible pensar y juzgar sin juicios previos, ello equivaldría a pensar y juzgar sin conocimiento previo que, en otras palabras haría imposible el conocimiento. En consecuencia, someter a juicio crítico el pensamiento ajeno es someter a juicio crítico el propio; en sentido estricto, en este ejercicio crítico consiste la construcción de conocimiento. Este planteamiento epistemológico es imprescindible para abocar el tratamiento de los textos objeto (documentos, testimonios, monumentos) especialmente porque son textos tamizados con rigor por los censores eclesiales de una época inquisitorial. Además,

es necesario someter la hipótesis de trabajo a una prueba de realidad acudiendo a los registros históricos. Sin embargo, ello no obsta para especular con fundamento sobre las posibles inspiraciones del comportamiento de los frailes.

De otra parte, aunque no está en consideración la ontología de los entes divinos, en calidad de hipótesis es necesario considerar que si los objetos interiores son psíquicamente eficaces y determinan el comportamiento individual, tienen realidad psíquica, son objetos psíquicamente reales –objetos imaginarios con existencia psicológica real e influencia eficaz en la vida–, lo cual todavía no constituye un argumento suficiente para declarar sobre su ontología. En este caso es necesario precisar las diferencias entre una realidad psíquica subjetiva/individual y una realidad psíquica objetiva/grupal que obedece a estructuras arquetípicas propias del género humano.

Ejemplo de ello es la imago de la psicología analítica jungiana, entendida como representación de la situación psíquica, totalidad actuada por el sujeto, en la que se integran tanto la representación del objeto como la reacción del sujeto ante el objeto, que acarrea tanto los elementos conscientes como inconscientes, racionales y afectivos. Es el caso de la representación de los progenitores que son lo que hemos vivido con ellos y lo que representan en la vida psíquica, y no propiamente ellos en sentido literal. En esta situación, tratándose de padres reales, consideramos su imago como la genuina realidad, de este modo vivimos con su imago y no realmente con ellos, porque su imago son ellos, llevando a cabo una identificación paradigmática

del mundo con la imagen o sea lo real. Por ello consideramos –de modo intuitivo y acrítico– que el mundo es tal y como lo percibimos como imago, proyectando nuestra psique hacia el mundo, construyendo un mundo que no es otra cosa que una proyección nuestra en la que somos los principales protagonistas. En general, este proceso es vivido de tal modo acrítico y natural que permite construir la realidad y a nosotros mismos, permite construir cultura y ser felices, pero también puede conducirnos a la neurosis y la locura.

Complementario al imago, la psicología analítica postula las características del símbolo como constelación de significados que proceden espontáneamente como realización de múltiples posibilidades de representación en imágenes. Pero, en el caso del símbolo, se trata de correspondencias con elementos internos y no de correspondencias con el objeto como en la imago. Es sabido que nuestro sistema nervioso central no diferencia autónomamente la procedencia interna o externa de un estímulo.

La reflexión conduce, entonces, a la necesidad de contrastar los dispositivos conceptuales y los imaginarios operantes tanto en los frailes misioneros como en las órdenes religiosas españolas y en la misma Corte.

Utopía

Desde las determinaciones de su época, Moro creó la semántica moderna de utopía en la descripción de un mundo deseable y perfecto aunque imposible. Por supuesto, la perfección de Utopía reside en el imaginario que orienta las motivaciones más no se en-

cuentra en ningún lugar social empírico al que pueda aludirse. Desde entonces es utópico lo ideal humano, deseable pero inalcanzable; por ello es paradigma y modelo de perfección. Utopías explícitamente formuladas hay muchas, en diferentes épocas y con distintos propósitos, desde la República platónica hasta las contemporáneas pasando por la moriana, convertida en el ejemplo occidental obligado de toda referencia a un mundo posible y deseable aunque ideal. Moro es occidental-europeo, porque tanto Oriente como África y la América precolombina, registran sus propias utopías. Los utopistas clásicos promulgan la imposibilidad de realización de su sueño pero su motivación esconde el espíritu crítico de la época y una propuesta social, cultural y política deseable.

De otra parte, puede decirse que todo utopista es un revolucionario; crítico de su época que quisiera ver realizado un ideal de humanidad fraterna, pacífica, feliz. Los utopistas generalmente extienden los elementos positivos de la ética del momento idealizando las condiciones y pasando por alto la sombra que tarde o temprano le impone a los sueños un principio de realidad. Por ello los utopistas van del anarquismo al comunismo, pasando por el Reino. En cierto sentido el utopista desconoce y se opone a unas realidades para proponer otras, abstrae y elabora mundos posibles con la imaginación guiada por el deseo de una vida mejor. A la par con el utopismo radical, que sabe de antemano la imposibilidad de su propuesta, va el utopismo propio de toda acción política y social realista guiada por una irrefrenable motivación atraída por lo deseable. No es posible construir nada humano, aún lo derivado de lo actual, si no hay

una prefiguración que oriente las voluntades, las energías sociales y las decisiones, aún para el corto plazo.

El utopismo religioso es de este orden -aunque también del otro-. Toda religión prefigura un mundo y lucha por él, desde una cultura y una historia. Toda religión es utopista, de lo contrario no podría ser religión ni conducir los espíritus. Las realidades sociales y culturales devienen de una utopía y -para ser estrictos- de la confluencia de múltiples utopías presentes en el corazón y la mente de los pueblos. Toda utopía expresa un sueño, una esperanza, una voluntad, enraizadas en una concepción del ser y la existencia.

Hipótesis

¿Cuál es el dispositivo imaginario y conceptual de los frailes franciscanos en la Conquista? En calidad de hipótesis podría afirmarse que su referente está constituido por la Biblia, las reglas, otras disposiciones eclesiales interpretables y un imaginario determinado por el contexto histórico, social y cultural, especialmente por el suceso mismo de la Conquista. Para avanzar en la hipótesis, es plausible identificar diferentes fuentes de inspiración bíblica, especialmente referidas a los profetas, la experiencia de Jesús de Nazareth y el Apocalipsis. En otras palabras, los frailes retoman el gran ciclo del mito judeocristiano de la Creación (Génesis, Paraíso, Pueblo, Profecía), Pasión (Nacimiento, Vida, Resurrección), Apocalipsis y Resurrección en el Reino, en el marco de la Conquista y la Evangelización, como uno de los recursos interpretativos de la realidad, plausible en la construcción de sus propias utopías.

Crónicas

El documento fuente son las crónicas, para este caso son apropiadas las de Pedro Simón: *Noticias historiales*, Tomo I. Todas las citas del texto se refieren a este volumen de las crónicas, señaladas con la página a la que corresponden.

El único medio disponible para que el cronista exprese su interpretación de los hechos son los textos que pretenden relatarlos con ánimo testimonial. En medio de las descripciones se esconden las interpretaciones que, en no pocas ocasiones, son verdaderos memoriales de agravios. Las anteojeras del cronista vienen de su contexto y de su formación religiosa en cuyo marco nada escapa a las demandas de sentido. Fray Pedro Simón es cronista y aspira describir sin afectaciones, pero es imposible. Su modo de ver el nuevo mundo no es independiente de su imaginario y relata desde su interpretación convirtiendo sus crónicas en expresiones de un imaginario propio de la época.

Nombres

En «*Noticias historiales*, Tomo I, Pedro Simón reflexiona sobre el nombre del nuevo lugar, tanto el inventado por Vesputio como el asignado por los nativos. Los aborígenes, por supuesto, no tenían una denominación universal para la totalidad de las tierras y sus habitantes así que, a pesar del severo juicio de Simón, el nuevo mundo terminó llamándose América. Uno de sus efímeros argumentos acude a la Biblia con el propósito de señalar que las cosas deben su nombre a sus propiedades en cuyo oficio Adán hizo lo suyo: “Y por haber conocido Adán tan del todo las propiedades de las cosas, les puso nombres tan

acomodados a todas, que dice la Sagrada Escritura que aquellos eran sus propios nombres, y en faltando esto será un nombre arrojado, tope o no tope, como dicen.” (p.123, 124). Además, “Aprieta admirablemente esta razón el divino San Juan Crisóstomo y otros eminentes doctores, diciendo que poner y quitar nombres a las cosas denota señorío sobre ellas, y que lo mismo fue dar Dios a Adán autoridad de poner nombres a todos los vivientes, que hacerles señor de ellas.” (p.126).

Esta es una de las primeras operaciones de ajuste de lo nuevo –Nuevo Mundo– a lo antiguo conocido, en la que Simón se lamenta y denigra de tan poco hidalgo nombre para las tierras de su Rey (p.125). Es sabido que el adecuado nombre de las cosas refleja una sustancia que le pertenece y no es contingente. En este caso la denominación en sí misma es secundaria, lo primario es la operación referencial al texto sagrado en el que el cronista encuentra temas, razones y explicaciones.

Además, como en el origen divino, deben los acontecimientos primordiales repetirse en lo sucesivo, incluso la asignación de nombre. Esta operación argumentativa es recurrente poniendo de relieve el afán por encontrar en las sagradas escrituras la fuente de inspiración argumentativa y utópica. Simón, con la crónica, responde tácitamente a las preguntas acerca de la naturaleza de los nombres: ¿se denomina por la fuerza propia de la naturaleza de las cosas, por convención o de acuerdo con una norma que regula la operación de dar nombre? Adán tenía la virtud para denominar de un modo apropiado no convencional sino correspondiente con la natura-

leza del objeto. En este caso el objeto es caracterizado desde el imaginario escolástico y desde allí debería corresponderle una denominación sagrada, cristiana o heroica, más no vanal como el nombre de un particular ajeno al Nuevo Mundo.

Monstruos

De otra parte, y aunque no es testigo presencial, se refiere Simón a la existencia de seres extraordinarios que conoce de oídas, pobladores del prolífico imaginario de los conquistadores que de ningún modo encajan en los patrones conocidos de humanidad, excepto en aquellos casos en los que el comportamiento humano se asimila al europeo (p.109 a 112). En este caso en nada se diferencian las alusiones a seres fantásticos de aquellas que han acompañado el imaginario de todos los tiempos y culturas. Las menciones a estos seres especiales tienen que ver con el hiperdesarrollo de los sentidos especialmente del oído y el olfato, al tamaño mayor y menor (gigantes y pigmeos) comparados con el patrón conocido y con las posibilidades anfibias de habitar las aguas. En esta tierra descomunal en cada uno de sus aspectos y culturalmente primitiva, el hiperdesarrollo es natural y en muchos sentidos abominable. Todos ellos en consonancia con arquetipos comunes a la condición de humanidad. Pedro Simón no los ha visto pero no duda de su existencia, su imaginario los acepta como el común moderno acepta la presencia furtiva de una bestia. El dispositivo de aceptación no necesita mostraciones ni argumentos sólo testimonios que en tierras desconocidas, exuberantes, poseídas por el demonio, son algo natural. El efecto, se trata del arquetipo de lo

animado y su representación –la Bestia– que igual habita los bosques íberos y celtas, normandos y teutones.

Satanización

Posteriormente, Simón retoma testimonios sobre costumbres que catalogan a los aborígenes en el orden de los seres que si bien humanos son abominables: antropófagos, sin justicia, desnudos sin vergüenza, asnos, abobados, alocados e insensatos, “que no temían en nada matarse ni matar, ni guardarían verdad si no era en su provecho”, inconstantes, no sabían lo que era consejo, ingratos y amigos de novedades, que emborrachábanse con vinos y yerbas, bestiales en los vicios, sin obediencia ni cortesía, sin doctrina ni castigos, traidores, crueles y vengativos, enemiguísimos de la religión, no conocían el perdón, haraganes, ladrones, mentirosos, de juicios bajos y apocados, no guardaban fe ni orden, ni lealtad entre maridos y mujeres, hechiceros, agoreros, nigrománticos, cobardes como liebres y sucios como puercos, comían piojos, arañas y gusanos crudos, sin arte ni maña de hombres, para quienes las cosas de la fe eran cosas para Castilla y no para ellos, sin ganas de mudar costumbres ni dioses, sin barbas y si las tenían se las arrancaban, sin piedad con los enfermos que eran llevados a los montes a morir. Hasta los diez o doce años parecía que tendrían virtudes, pero en adelante se volvían como brutos animales, según fray Tomás Ortiz (dominico) “que nunca crió Dios gente más cocida en vicios y bestialidades”.

Esta descripción es avalada por Pedro Simón, quien agrega descripciones sobre las costumbres antropofágicas de los pijaos, aunque re-

conoce que “estas depravadas y ásperas costumbres” pueden ser limadas “pues así, puestos estos hombres en la rueda de la Ley de Dios y luz del Evangelio, quedan devastados de estas brutalidades y se descubre el buen entendimiento de algunos que estaba escondido entre aquellas toscas conchas”. (p.113 a 115).

En cada descripción de las costumbres hay un juicio de valor referido a las costumbres aceptadas por el europeo común de la época, sin asomo crítico ni consecuencia lógica desde el contexto aborígen. Situado el otro (el alter del europeo) en dicho lugar, el lugar de las abominaciones y vicios más perversos –porque son los propios y de los que se avergüenza–, queda a un paso el exterminio cultural o físico. Se trata de una operación sencilla de inconsecuencia lógica en la que se juzga al otro con un patrón diferente al que se usa para juzgar los actos propios con el propósito de preparar las condiciones para su negación o exclusión. Ninguno de los vicios o costumbres señalados es ajeno a ninguna cultura; sin embargo, puestos en el lugar del otro demasiado lejano para ser de los propios pero demasiado cercano para considerarlo distinto (no se trata de animales ni de seres sin alma, son hijos extraviados del mismo Dios), que son argumentos para la discriminación.

Los aborígenes son hijos de Dios pero en manos del Satán. Su humanidad es indiscutible pero cercana a la animalidad o viceversa, la animalidad es indiscutible pero acercándose a la humanidad. En un movimiento pendular entre la cultura y la bestialidad, entre Dios y Satán se encuentran los aborígenes. Es la

misión del fraile rescatar las almas a cualquier costo en beneficio de los indígenas, la Corona y la Tiara. La humanización pasa por el Evangelio y la encomienda. El presupuesto básico es el de hermandad, para Simón todos somos hijos del mismo Dios, unos en la senda, otros perdidos o bajo de dominio del Maligno. Pero no para la eternidad porque su humanidad puede ser rescatada y es allí donde el fraile hace lo suyo a cualquier costo, pues la lid no es contra el nativo sino contra Satán que lo domina. Queda de este modo validada cualquier acción de la Corona y de la Iglesia que debe ser interpretada en el contexto de estos presupuestos.

Espiritualidad

Por fuera del crecimiento en lo espiritual, como lo denomina Pedro Simón, “todo lo demás es menos, por ser el fin a lo que lo demás se dirige”. (p.136). Y este crecimiento espiritual en el Nuevo Mundo se refiere exclusivamente al crecimiento de la presencia de la Iglesia: “hay edificadas en las Indias setenta mil iglesias entre las de los indios y españoles, y en más de las dos mil, sacramentos y lámparas que arden día y noche para confusión del novelero hereje sacramentario, y que entiendan no le ha de faltar a Dios donde reparar los daños que el hereje le hace a su iglesia con sus abominaciones, destruyendo los templos y vituperando el Sacramento Santísimo. Cinco arzobispados, veinte y ocho obispados y en todas las catedrales, prebendas de dignidades, canonjías y raciones”; “hay universidades donde se gradúan de todos grados en la ciudad de Santo Domingo de la Isla Española, Lima, México y en la de Santafé”. (p. 136).

Pedro Simón no hace referencias a la vida de Francisco y a su Orden sino a la Iglesia como institución; prima la mentalidad del cronista oficial por encima del fraile. En ese caso prevalece la Utopía como construcción de una Iglesia soberana más no indiana. La espiritualidad es cristiana, el espíritu extraviado del indígena es opaco y endemoniado, no hay en él espiritualidad sino vicio y extravío.

Iglesia soberana

Más adelante Pedro Simón trae el ejemplo paradigmático de las relaciones de Constantino con la Iglesia que resume su imaginario utópico político en términos de un imperio posible y deseado bajo el mandato de una Iglesia soberana: "cuán largo y liberal anduvo el emperador Constantino en acrecentar, del suyo, el patrimonio de la Iglesia... que para conseguir las supremas riquezas tan aventajadas a las temporales, era necesario bajar el cuello e inclinar la cabeza al yugo de la Iglesia, y que toda la potestad de reyes y emperadores, con toda la demás, viene de Dios... y que la conservación del Imperio Romano pendía de reconocer al Sumo Pontífice de Cristo..." (p.139, 140) y agrega "la tiara del Sumo Pontífice tiene tres coronas, con que da a entender ser la Iglesia Católica Romana, absoluta señora de las tres partes del mundo, será también por esta cuarta parte de España se le aumente una cuarta corona, por esta cuarta parte del mundo que se le ha añadido a su jurisdicción y mando, como lo están estas Indias Occidentales o Nuevo Mundo..." (p.142, 143).

La alusión de Pedro Simón al desprendimiento y al sometimiento era la invitación a Felipe IV a actuar del mismo modo desprendido para con la Iglesia. La referencia a Constantino y al

Pontífice como paralelo de las posibles relaciones entre el Papa y el Rey, acentúa el carácter institucional del crecimiento espiritual sin recoger los valores propios, tanto del franciscanismo como del Evangelio. En ese orden de ideas, el crecimiento espiritual es crecimiento como institución y obra de la Iglesia. La Iglesia española se percibe a sí misma como centro universal de lo social: expulsó a los islámicos y judíos, y ahora expulsa la idolatría en las Indias, se trata de una Iglesia triunfante y triunfalista a la que se inclina la Corona, porque le ha traído el favorecimiento divino para gloria suya y de la Iglesia. En este caso se trata de una verdadera Utopía cuyo modelo es un Constantino subyugado y un Papa reinante sobre el mundo con la Tiara de cuatro niveles. La aspiración ecuménica bajo la Tiara es utópica y aspira a un dominio general sobre la tierra bajo un mismo orden, mandato y credo. Para ello está probado que los reyes pueden lograrlo como Constantino en su hora.

Poblamiento

En otro sentido no menos importante, ronda la pregunta acerca del origen de los pobladores del Nuevo Mundo. Pedro Simón distingue para tal efecto tres momentos: el poblamiento anterior al diluvio, el posterior y el de los españoles "y con este orden, por ser el que ha tenido y les ha dado la sucesión de los tiempos..."(p.146).

"Acerca de la primera se suele dudar si antes del diluvio general fueron estas Indias tierra descubierta y habitada... paréceme fueron habitadas antes del diluvio. Y lo que me mueve a esto es: lo primero, la común razón que a todos los del mismo parecer, que como Dios crió la tierra y luego a los hombres para que la

habitasen, y no sólo que la habitasen como quiera sino que la llenasen para que no estuviere superflua, vacía y sin provecho..."; "Demás, que los hombres comenzaron luego a multiplicarse; de manera que tuvieron bien necesidad para extenderse de toda la que dejó Dios descubierta cuando le mandó a la mar se retirase a su barranco". "Y aún sí es así, que es la opinión más acertada, que el Paraíso terrenal cerca de donde fueron criados y comenzaron a multiplicarse los primeros hombres, está plantado sobre la tierra que corresponde en el cielo a la línea equinoccial, se pueden inferir que fueron estas tierras de las primeras que se poblaron..." (p. 146).

El cronista hace preguntas pertinentes en el marco de su imaginario: ¿cuál es el lugar del Paraíso en referencia a estas tierras?, ¿cómo fueron originalmente pobladas?, ¿cómo fueron afectadas por el diluvio? Y las respuestas son coherentes con su representación del mundo, por ello era razonable que fueran habitadas, como hijos todos del mismo Dios, y los habitantes de éstas serían del mismo linaje humano. Tratándose de tierras que corresponden a la línea equinoccial era de esperar que el Paraíso no estuviese lejos y por ello pertenecerían a las tierras que primero fueron pobladas. En este sentido el autor trae señales y rastros: navíos encallados en los cerros, colmillos fósiles de animales ahogados durante el diluvio, huesos humanos gigantescos que prueban sus conjeturas sobre la hermandad con los nativos y la antigüedad de las tierras: "Porque junto al Callao... buscando en unas montañas por unos rastros que se descubrieron, unas minas, trastornando tierra y metiéndose por el socavón debajo del cerro, se encontraron con un navío que tenía enci-

ma la gran máquina del cerro, y no correspondía en su hechura y traza con los nuestros; por lo cual se juzgó que en el diluvio había quedado enterrado debajo de aquella inmensidad de tierra que trajo allí la fuerza de las aguas." (p. 147).

En otra referencia a relatos escuchados de excavaciones hechas en México, dice: "Este colmillo o diente se sacó y mostró a todos, juzgando había quedado allí enterrado el animal que lo crió cuando el diluvio ahogó a los demás y él" (p. 147). Todos venimos de un tronco común divino, todos padecemos el diluvio, como lo establecen los cánones míticos; somos hermanos, pero algunos descarriados o perdidos deben ser liberados del dominio del mal y del pecado por la buena acción de frailes y encomenderos.

"En mayor dificultad ha puesto a los hombres doctos la segunda población de estas tierras, que es la que ahora hay y hallaron los españoles, que fue después del diluvio, de gente originada de aquellas ocho personas que se salvaron en el arca de Noé o por mejor decir, de las seis; pues en la más acertada opinión, Noé ni su mujer no tuvieron hijos después de diluvio" (p. 149). "Y así, habiéndose de rastrear, supuestos los fundamentos de nuestra Santa Fe Católica y que todos descienden de donde hemos dicho y que no podemos, sin temeridades, afirmar haber Dios, Nuestro Señor, criado estos hombres de nuevo para que poblaran estas tierras, se han dividido los autores en varias opiniones, como se puede ver de los citados, porque aquí sólo trataré de las dos que parecen más conformes a la verdad. La una es, que estos indios se originan de los cartaginenses..." (p. 149). "Tiene el segundo

lugar (y para mí el postrero) la opinión de los que dicen que los indios de esta tierra se originan y tienen su principio de las diez tribus de Israel que se perdieron y no parecieron más en el cautiverio de Salmanasar, rey de Asiria, probándolo con la autoridad del cuarto libro de Esdras...” (p. 153). “Pasando adelante con la profecía, dice que estará echado entre los términos, que es decir habitará y morará en tierra cerrada con términos; a la tierra nada le pone término sino el mar, así como ella se lo pone a él” (p.159).

Pedro Simón acude al argumento de las costumbres de los indios y de las tribus perdidas de Israel para apoyar esta posibilidad, especialmente de la tribu de Isachar, sobre la base de la profecía de Jacob, quien predijo que “Isachar ha de ser asno fuerte, que ha de estar echado entre términos; vio la holganza que sería buena y la tierra bonísima; puso su hombro para levar carga, y sirvió para pagar tributos” (p. 154). “...que Isachar y su descendencia han de ser como asnos, que parece se fundó en esto el primer obispo de Santa Marta, donde el padre fray Tomás Ortiz, cuando refiriendo las condiciones de estos indios, los llamó con este nombre que parece fue bien a propósito, por lo que experimentamos de ellos” (p. 154, 155). “Por todas las cuales cosas parece se cumple la profecía de que estos indios son de las propiedades de este animal y se les puede llamar fuertes, no porque ellos lo sean de ordinario en fuerza, aunque algunos hay que lo son, como dirá la historia, sino por la fortaleza que han tenido, tienen y ponen en conservar sus idolatrías, de manera que no se las pueden desarraigar del

corazón, voluntad y obras” (p. 157). Simón exige y logra que los hechos encajen en su imaginario construyendo razones plausibles y bíblicamente válidas.

“La tercera –población– que fue de gente nueva y nunca vista ni oída en estas Indias, hicieron los castellanos por mandado y a costa de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel” (p. 163). A la tercera población pertenece Pedro Simón.

Conclusiones

Del examen de los poblamientos se concluye que los aborígenes y los europeos pertenecen a la misma “familia”, el origen divino se debe al mismo Dios y el terrenal a los mismos patriarcas, entre ellos Noé y las doce tribus de Israel, aunque se trate de pueblos perdidos, extraviados, distanciados de Dios que pueden volver a ser lo que originalmente fueron. En este caso no es asunto de tener o no alma sino de regresar desde la idolatría mediante la rueda de la Ley de Dios y la luz del Evangelio.

Después de este breve recorrido por las fuentes, podríamos concluir que los frailes retoman el gran ciclo del mito judeocristiano de la Creación (Génesis, Paraíso, Pueblo, Profecía), Pasión (Nacimiento, Vida, Resurrección), Apocalipsis y Resurrección en el Reino, en el marco de la Conquista y la Evangelización, como uno de los recursos interpretativos de la realidad, plausible en la construcción de sus propias utopías.

Bibliografía

- SIMÓN PEDRO, fray. *Noticias históricas de la conquista de tierra firme en las indias occidentales*, Bogotá: Biblioteca Banco Popular. Recopilación de Juan Friede, 1981.
- JUNG, Carl G. *Formaciones de lo inconsciente*. Barcelona: Paidós, 1992.
- _____. *La psicología de la transferencia*, Buenos Aires: Paidós, 1964.